

# El león

Christoph Meckel\*

Traducción de Ricardo **Corchado**

Facultad de Filosofía y Letras

**Un león aparece intempestivamente, como de cuento, en la vida de un hombre**

Por la noche llegó un león a mi casa y se echó a mi lado. No me enteré enseguida de que era un león. Escuché pisadas y manotazos por toda mi casa, cuyas puertas se encontraban abiertas. Vi una figura que entró extensa y oscura a mi habitación, luego me olfateó y se acostó junto a mí. Más tarde reconocí a media luz a un león.

Resollaba fuerte y regularmente, y daba la impresión de haberse quedado dormido pronto. De su melena exhalaba un olor a moho y hojas, a tierra húmeda y fresca, y un aroma salvaje de animal que me narcotizaba. Advertí que el león estaba mojado, pues de su pelaje caían gotas. Despedía frescura en torno a él. Tal vez debió haber cruzado nadando el río próximo para llegar hasta mi casa.

Era otoño, vientos frescos corrían en la llanura y refres-

caban mi casa, que todavía estaba caliente por el verano. Venían desde las mesetas o desde el mar y por las noches se les oía resoplar con fuerza. Esa noche dormí bien. También el león pareció haber dormido tranquilo

y muy bien; poco

antes de la mañana su cuerpo empezó a despedir calor.

Al amanecer me desperté; el león ya se había levantado y se hallaba parado ante mi casa donde, horas más tarde, cuando salí de mi habitación, seguía todavía de pie, mirando hacia el gran río.

Lo llamé a señas y lo alimenté con carne que conservaba en casa. Esperaba que el león me dirigiera algunas palabras, mas guardaba silencio con insistencia; es verdad que a veces me contemplaba con sus ojos negros; sin embargo, me daba la impresión de que no tenía



nada que comunicar. Dejé de esperar que me hablara. Solía platicarle en mi lengua y me parecía ver que comprendía.

Las noches siguientes el león volvió a dormir a mi lado. Pasaba los días cerca de casa. A contraluz lo veía negro, erguido sobre una colina y mirando en dirección al mar. Lo veía parado junto al río, y con la cabeza inclinada miraba en el agua que corría. En ocasiones andaba trotando por toda la casa o se quedaba echado en el sol, junto a las paredes de mi casa o en el umbral de la puerta. Se movía lento y callado. Yo me dedicaba a mis actividades de costumbre y en el día me lo encontraba más seguido.

Una vez, cuando salí de casa por largo tiempo, le dije al león: Tienes que decidirte, si durante mi ausencia, la cual puede durar muchos días, vas a permanecer dentro o fuera de la casa, pues quiero cerrarla. En lugar de dar una respuesta se acostó en el umbral de la puerta y comprendí que no debía cerrar mi casa. Partí sabiendo que quedaba segura. Cuando volví, durante las lluvias de fines de septiembre, el león se encontraba echado detrás de la puerta con los ojos abiertos. Cuando me distinguió se paró delante de casa. Dentro todo se encontraba tal como lo había dejado. Le di las gracias al león y le serví mucha carne que le había traído.

A menudo el león permanecía sentado a mi lado cada vez que me paraba a la orilla del río a pescar. Olfateaba los pescados y me miraba con atención. Me acompañaba al bosque cuando iba a cortar leña (en ninguna otra parte por aquí había leones) y dormía todas las noches a mi lado. Tiempo después me abandonó el león.

La primera nevada se cernía en el aire. Una mañana, durante el crepúsculo, mientras se levantaba, me rozó para despertarme y me miró. Aquello

lo consideré una seña de despedida, lo acompañé hasta la puerta de mi casa, lo vi caminar bajo la lluvia hacia el río, lo vi cruzar el río nadando y hacerse más pequeño bajo el velo de la llovizna, al otro lado de la llanura, y luego desaparecer.

Ése fue el único acontecimiento en aquel año en mi casa junto al río. De otros acontecimientos no me acuerdo, tan sólo de aquellos que tuvieron que ver con mis actividades, cosas insignificantes. El invierno vino y se fue. El frío se cernía con un tono

## **Esperaba que el león me dirigiera algunas palabras, mas guardaba silencio con insistencia**

verdoso, humeando sobre el río que debido a su fuerte torrente estaba descongelado. El cielo se encontraba claro como cristal y pleno de nieve. Fui a visitar a algunas gentes de las cercanas y lejanas inmediaciones, otras vinieron a visitarme a mi casa. Al león no lo vi en aquel tiempo.

En la primavera reparé el tejado de mi casa, reemplacé la mitad de las vigas por maderos nuevos, renové los pisos de duela y los mosaicos, y me dediqué a mis actividades tal como estaba acostumbrado. Las balsas pasaban navegando río abajo hasta el mar. Seguía albergando la esperanza de que el león viniera a visitarme otra vez a mi casa, pero no lo estaba esperando. A principios del verano vi venir a lo largo de la llanura del otro lado del río a un jinete embozado sobre un asno. Atada a una larga cuerda se cernía delante suyo una enorme lechuza roja que allá

en las alturas trazaba sus círculos en el viento. El jinete cabalgaba río arriba. Dando gritos por encima del río nos dirigimos saludos, preguntas y respuestas que no



entendíamos mutuamente debido a la considerable distancia. Se me ocurrió la idea de que el jinete tendría cierta relación con el león. Cuando se marchó, lo olvidé enseguida. Por varias semanas no ocurrió nada y continué realizando mi trabajo. Una noche de verano estaba parado un asno a la otra orilla del río y sostenía en el hocico un pescado negro. Sin duda, al estar bebiendo debió haber atrapado al pez. Cuando el asno me vio, volvió hacia atrás con saltos rápidos y echó a correr hacia la llanura. Al pescado lo llevaba consigo en el hocico. Llegó el atardecer y perdí de vista al asno. No volvió a ocurrir nada por largo tiempo. El verano resplandecía sobre la llanura. Yo me dedicaba a mis actividades como de costumbre. Me agradaban el calor y la luz. De noche quedaban abiertas las ventanas y puertas de mi casa para que pudiera entrar una corriente de aire y expulsar el calor que durante el día se había acumulado en las habitaciones. En ocasiones me acordaba del león y pensaba en él con alegría. Pero ya no volví a verlo.

A fines del verano, cuando el mediodía tremolaba caluroso sobre la llanura, vi venir al jinete embozado río abajo, cerca de mi casa. Atado a una cuerda le seguía el león que una vez había estado en mi casa. Sobre la espalda del león estaba posada la inmensa lechuza roja que resultaba mucho más grande que el león. En el pico sostenía al pescado negro. El león daba la impresión de cargar con dificultad a la lechuza. Movía las patas lentamente y caminaba con la cabeza agachada. La pequeña caravana pasó muy cerca de mi casa. El león, la lechuza y el asno me miraron, yo me encontraba en la puerta de mi casa. El embozado volvió la cabeza y me contempló largo tiempo con las blancas rendijas de sus ojos. El león me miró por más tiempo. Yo esperaba que el grupo se detuviera junto a mi casa, quizá para preguntar por agua fresca, pero sólo pasó y desapareció lentamente en la llanura río abajo. Por un largo rato seguí con los ojos aquel desfile. Ese día desatendí mis actividades.

No volví a ver a ningún grupo. Vecinos que tenían sus casas alejadas a varios kilómetros en las colinas al río, recuerdan también haber visto el desfile aquel día. Durante ese acontecimiento no ocurrió nada más. A veces me acuerdo de ellos y los días en que pienso en el león desatiendo mis actividades de costumbre ●

---

Tomado de: Christoph Meckel, *Ein roter Faden, Gesammelte Erzählungen*, Munich/Viena, Carl Hanser Verlag, 1983, pp. 12-15.

\* Christoph Meckel nació en 1935, en Berlín. Estudió artes gráficas en Friburgo y Munich. Vive y trabaja en Berlín como escritor y dibujante. Ha escrito un sin número de libros de poesía y prosa entre los que destacan *Bocksborn* (1973), *Nachricht für Baratynski* (1981), *Der wahre Mustafa* (1982). Meckel ha sobresalido también como excelente dibujante y ha montado numerosas exposiciones con sus dibujos.